

VISIONES DE UN CONFLICTO: CHECHENIA Y MÉXICO EN LAS LITERATURAS RUSA Y NORTEAMERICANA DEL SIGLO XIX

Ángeles Huerta
Universidad de Oviedo

1. El problema

La palabra “superpotencia” tiene hoy en día el sabor un tanto rancio de las viejas películas de James Bond. Aquellas películas en las que Rusia era capaz de emitir equívocos mensajes de amor a un jovencísimo Sean Connery, poco tienen que ver con versiones actuales, que inútilmente intentan prolongar la vida de un género que perdió su sentido con el final de la guerra fría. Es imposible que la nueva mafia rusa aporte ningún *glamour* a las aventuras de 007, quien —enredado en banales historias de corrupción y narcotráfico— está condenado a terminar sus días en algún centro geriátrico de Chelsea. La palabra “superpotencia” fue durante años una manera común de referirse a los dos países que en buena medida protagonizaron la historia del siglo XX: Rusia y Estados Unidos. Hoy en día, pensar en Rusia como en una “superpotencia” parece una broma de mal gusto. La imagen de 007 en un asilo de ancianos es mucho más compasiva que las imágenes del desmoronamiento de la Unión Soviética que han llegado a nuestros televisores. Así, una tragedia como la del submarino *Kursk*, es un ejemplo reciente de lo que *nunca* habría tenido lugar en una película de James Bond.

Esta comunicación toma como punto de partida otra imagen televisiva de la Rusia actual: la imagen de la guerra de Chechenia. En el archivo visual del pasivo consumidor de información occidental, la guerra rusa en el Cáucaso es algo que no parece lógico. Sobre un fondo de voces en *off* que nos recuerdan en cuántos años ha bajado la esperanza de vida desde el fin del comunismo, o cuántos meses hace que no se paga a funcionarios y soldados, las imágenes de Grosny nos sumen en la perplejidad. El propósito de esta intervención no es otro que el de buscar una explicación a estas imágenes. Hay quien piensa que las guerras nunca son lógicas, y que por tanto este esfuerzo racionalizador es tan inútil como cruel. Personalmente, estoy convencida de que el concepto de “guerra *lógica*” no comporta ninguna contradicción. Lo que sí comportaría una contradicción irresoluble sería el concepto de “guerra *moral*”.

Pero la moralidad, como la belleza, poco tiene que ver con lo que en occidente se entiende por “lógico” o “racional”.

En el siglo XIX, tanto Rusia como Estados Unidos eran naciones “*in statu nascendi*”. Lo eran, desde luego, cada una a su manera: Rusia comenzaba a superar el aislamiento que durante siglos había definido su posición en Europa; mientras que Estados Unidos *se definía* como nación frente a una Europa que, a pesar de la secesión, parecía el único referente posible para la construcción de una identidad autónoma. Ambos países eran en aquel momento la *periferia* del mundo habitado. El proceso por el que Rusia y Estados Unidos dejaron de ser naciones marginales para convertirse en *centro*, fue un proceso largo y complicado. Aquí quiero subrayar tan sólo uno de los primeros pasos de ese proceso; el momento en el que ambas naciones buscaron una *periferia propia*, en función de la cuál poder ocupar una posición central.

Sin embargo, el proceso de conformación de Rusia y Estados Unidos como estados modernos, no se redujo sólo a una construcción *espacial*. La necesidad de crear una periferia coincidió en el tiempo, y de manera en absoluto casual, con la conciencia de la *intelligentsia* de uno y otro lado sobre la ausencia de una *verdadera* literatura nacional¹. Dos son pues, los problemas que rusos y americanos tienen que resolver en el siglo XIX: el problema de la invención del “otro” y el problema de la consecución de una voz propia, es decir, de un canon literario. La resolución de estos problemas fue de la mano en ambos casos, y la expansión colonial hacia el sur sirvió como contenido de una subjetividad eminentemente moderna, que dio forma a una determinada filosofía de la historia. Ciertamente existen diferencias entre los unos y los otros, y quien busque correspondencias absolutas está en su derecho de poner en duda la legitimidad de este ejercicio comparativo. Salta a la vista que la aventura caucásica de Rusia responde a la gestación de un verdadero imperio colonial, con todas las características del antiguo régimen, mientras que la formación de la frontera sur de los Estados Unidos es parte de la construcción democrática de una antigua colonia emancipada de su metrópolis. Además, en la literatura norteamericana quizá no podamos contar tantas “obras cumbre” –por su calidad intrínseca y por su relevancia como modelos para el desarrollo de una tradición nacional– con tema mexicano como de hecho sucede con Chechenia en el caso ruso. Sin embargo, creo que la construcción real y literaria durante el siglo XIX de una periferia de la que todavía hoy dependen para su definición, es una base más que suficiente para este ejercicio. En las próximas páginas repasaré, en primer lugar, cómo se desarrolló en un nivel militar y político esa dialéctica centro-periferia, para exponer a continuación cómo se interpretaron desde la historiografía y desde la literatura estos conflictos.

[1] Para la cuestión literaria, véase Ruttenburg (1992).

2. Los hechos

Aunque la “presión” de Rusia ya se había empezado a sentir en el siglo XVI (sobre todo a través de las diferentes incursiones de grupos cosacos), la verdadera expansión imperialista rusa en el Cáucaso no comienza hasta el XVIII con Pedro el Grande. Espoleados por sus victorias frente a Suecia y Polonia, los rusos decidieron probar suerte contra una Persia ya decadente. En 1723 conquistan Baku, que será el primer bastión de la periferia rusa. Esta política expansionista de Pedro será continuada por Catalina la Grande, convencida de que sólo la consecución de un imperio colonial hará de Rusia una nación europea. De esta forma, se inauguran una serie de relaciones de dominación encaminadas a hacer de Rusia un espacio central. A partir de aquí, tanto el destino de Rusia como el de su periferia, van a estar mutuamente condicionados.

La historia moderna de Georgia es, por ejemplo, un camino sembrado de traiciones y masacres, desde su primera alianza hasta su anexión definitiva a Rusia en 1801. Entre 1768 y 1774, Georgia funciona como “protectorado” del imperio ruso. Bajo el pretexto de ayudar a una nación cristiana, Rusia utiliza a Georgia como aliada en su guerra contra los turcos. Sin embargo, apenas Persia adquiere nuevos bríos, se desentiende de su responsabilidad y, en 1774, el Shah Aga Mohamed arrasa la ciudad de Tiflis ante la total pasividad de los rusos. Esta historia se repetirá una y otra vez hasta la definitiva anexión de Georgia en 1801².

La actividad militar en el Cáucaso no cesó ni siquiera durante la invasión napoleónica. De hecho, en 1813, mientras una parte del ejército imperial expulsaba definitivamente a Napoleón de las estepas occidentales, en el lejano sur se firmaba el tratado de Gulistán (1813), por el que Rusia incorporaba a sus dominios el territorio de la actual Azerebayán. Pero significativamente, parece ser que la más dura y sangrienta de todas estas campañas caucásicas fue la dirigida por el general Ermolov, desarrollada entre 1816 y 1827, y que tuvo como consecuencia el sometimiento de ávaros y chechenos. Tal fue la fama que en su tiempo alcanzó Alexei Ermolov, que el propio Pushkin se le ofreció como secretario y editor de sus memorias: “Su gloria pertenece a toda Rusia,” –dijo el poeta al general– “no tiene derecho a esconderla”³.

Los chechenos, por su parte, iniciaron dos guerras de resistencia al imperio ruso: la encabezada por *Mansur Ushurma*, entre 1785 y 1791, y la encabezada por el mítico *Shamil*, entre 1834 y 1859. Ésta última es el telón de fondo de *Hadyi Murad*,

[2] Thompson (2000: 59).

[3] Thompson (2000: 60).

una de las menos conocidas y más logradas novelas de Tolstoi. En ella, asistimos a la culminación del proceso de construcción nacional inaugurado por Pushkin en *El prisionero del Cáucaso*. Cuando Tolstoi escribe *Hadyi Murad*, existe la sensación entre las élites rusas de que los dos problemas que tomábamos como punto de partida —la construcción de una periferia y de una “literatura nacional”— ya han sido superados. De esta forma, se hace posible una visión humanizada, profunda, no totalizadora del “otro”, que a su vez da pie a una primera visión crítica del imperialismo ruso. Pero no adelantemos acontecimientos.

La historia de la configuración de la frontera sur de los Estados Unidos representa el inicio de su larga historia imperialista. Sus hitos principales son los siguientes: en 1803 una joven Unión compra el territorio de Luisiana a los franceses, lo que provoca que un gran número de colonos norteamericanos se instalen en la vecina Texas, dando lugar a los primeros conflictos con la administración española. Ya en 1804, Jefferson propone alargar hasta el río Grande los límites de los Estados Unidos, que no obstante quedan fijados en el río Sabine en un tratado firmado con España en 1806. Sin embargo, tras la independencia de México en 1821 y la conversión de Texas en estado federal mexicano, las cosas iban a cambiar a favor de los intereses norteamericanos.

En un primer momento, el gobierno de Texas da facilidades para la inmigración norteamericana, ofreciendo tierras a cambio del total respeto por parte de los recién llegados de las leyes mexicanas. A partir de 1829, esto implicaba la prohibición absoluta de la esclavitud, sin contar con que los 20.000 nuevos colonos —que en su mayor parte procedían del sur de los Estados Unidos— habían llegado a México con un patrimonio de esclavos al que no estaban dispuestos a renunciar. Los conflictos se multiplican y, cuando en 1836 el general Santa Ana accede a la presidencia con un programa radicalmente centralista, los texanos encuentran el pretexto ideal para proclamar su independencia. A la guerra de la independencia texana pertenece la mítica batalla del Álamo —que después sería inmortalizada por la literatura⁴ y el cine como símbolo épico de la identidad nacional norteamericana— donde las tropas de Santa Ana masacraron a los defensores norteamericanos, y que sería el primer episodio de una confrontación que no obstante terminaría con la independencia de Texas en abril del mismo año 36.

En contra del deseo de los propios texanos, Texas no se anexionó inmediatamente a los Estados Unidos, sino que conservó su independencia nominal durante ocho años. Los estados del norte temían el efecto que un estado esclavista del sur de

[4] Basta recordar el espacio que ocupa en la “Song of myself”, de Walt Whitman.

semejantes proporciones podía tener en la política de la Unión, y la atención del gobierno central se desplazó en aquel momento hacia otros dos estados mexicanos de frontera: California y Nuevo México.

En parte animados por la popularidad de un relato literario, el *Two years before the Mast* de Richard Henry Dana, así como por las exploraciones de las Rocosas por John C. Frémont, colonos norteamericanos empiezan a instalarse en California desde inicios de la década de los 40, precediendo a la marea humana que en 1949 iba a producir la “fiebre del oro”. En febrero de 1845, Texas se convierte en un estado de la Unión. En mayo del 46, el Congreso y el Senado de los Estados Unidos autorizan la declaración formal de guerra a México, bajo pretexto de la presencia de tropas mexicanas más allá de río Grande. El 2 de febrero de 1848, y tras casi dos años de guerra, los gobiernos de México y Estados Unidos firman el tratado de Guadalupe-Hidalgo, por el que los primeros ceden a los segundos California y Nuevo México – prácticamente la mitad de su territorio– y aceptan la frontera de río Grande. La compra, sin contar los gastos de guerra, les había salido a los norteamericanos por quince millones de dólares⁵.

3. La historia

¿Cómo se interpretaron estos hechos políticos en el discurso intelectual de Rusia y Estados Unidos? Las tesis de dos historiadores del XIX, Frederick Jackson Turner y Serguei Mijailovich Soloviev, nos servirán para contestar a esta pregunta. La obra de Turner *El significado de la frontera en la historia de los Estados Unidos*⁶ es de sobra conocida en occidente. Su comprensión de la frontera como hecho social, más allá del hecho físico, ha influido profundamente no sólo en la escuela histórica norteamericana, sino también en otros muchos países donde se ha intentado hacer del concepto de “frontera” un instrumento de investigación historiográfica. Sin embargo, es evidente que Turner consideraba la frontera un hecho específicamente norteamericano, entendiéndola como el fenómeno que había hecho que los norteamericanos “fueran más democráticos, igualitarios, autónomos, individualistas, móviles, trabajadores e inventivos”⁷. Su teoría es bastante simple: Turner sostiene que la existencia en los Estados Unidos de una frontera “ever-retreating” fue su principal motor de desarrollo social, ya que obligaba a los pioneros a inventar una serie de condiciones prácticas y formales de vida en común, a la vez que proporcionaba al país una “válvu-

[5] En el mismo tratado, los Estados Unidos se comprometen a hacerse cargo de las reclamaciones de ciudadanos norteamericanos contra México por valor de 3.250.000 dólares. Véase Jones (1996: 175).

[6] Turner (1963). La primera edición es de 1893.

[7] Weber (1992: 460).

la de contención” en forma de un espacio inmenso donde absorber aquellas capas de población “excedente” en el este del país, que de otro modo habría provocado conflictos sociales perniciosos para el progreso de América. Esta exposición de los hechos parece, en principio, plausible, pero también nos lleva a formular una pregunta inevitable. Es evidente que la frontera es un elemento compartido por las dos sociedades a las que sirve de límite. ¿Qué ocurrió, entonces, en México?, ¿Cómo se vivió la frontera “desde el otro lado”? David J. Weber, en su ensayo *La frontera norte de México, 1821-1846*, responde de la siguiente manera:

Ni bajo España ni bajo México la frontera sirvió como “válvula de seguridad” de los inconformes o desempleados, según la expresión famosa y el más disputado concepto de Turner. México y España tuvieron que atraer a los colonos con recompensas tangibles para hacerlos dejar atrás los linderos de la civilización (...) Debido en parte a su situación minoritaria y también a actitudes que llevaron consigo desde el Viejo Mundo, los españoles trataron de asimilar a los indios americanos en vez de hacerlos retroceder o de aniquilarlos. Según la feliz expresión del geógrafo Marvin Mikesell, la frontera española llegó a ser una “frontera de inclusión”, en contraste con la “frontera de exclusión” que crearon los angloamericanos⁸.

La historia rusa⁹ de Serguei Soloviev es, desde luego, mucho menos conocida, pero presenta indudables coincidencias con las tesis de Turner¹⁰. Ambas toman como punto de partida, de una parte, el nacionalismo que impregna toda la historiografía del XIX y, de otra, una aproximación determinista a las ciencias humanas. Para Soloviev como para Turner —y siguiendo ambos el magisterio de Augusto Comte— las sociedades son organismos vivos directamente condicionados por su medio ambiente. Así, si para el uno la historia de América era la historia de “los gérmenes europeos

[8] Weber (1992: 463). Más adelante, en la página 470, Weber escribe: “Antes de 1846, México no fue lo bastante próspero, populoso, poderoso o estable como para poblar su frontera, neutralizar las correrías de los nómadas y crear vínculos comerciales y políticos estrechos entre la periferia y la metrópoli. En un sentido más amplio, es posible entender mejor la frontera de México considerándola como la periferia de una nación en marcha que a la vez era la periferia del sistema capitalista del mundo. Durante el siglo XIX, mientras los Estados Unidos llevaban a cabo la transición de un estado agrario periférico para llegar a ser una de las naciones principales del sistema capitalista del mundo, México seguía siendo periférico en el sistema capitalista mundial” (la cursiva es mía).

[9] S.M. Soloviev, *Istoriia Rosii s drevneishij vremen*, 29 vols., Moscú, 1851-1876, citada por Bassin (1993).

[10] Véase Bassin (1993).

en su desarrollo en el ambiente americano”, donde el historiador podía identificar “la evolución y adaptación de los órganos como respuesta al cambio de hábitat”¹¹, el otro iba a fundamentar sus ideas sobre la sociedad en una división entre estados “inorgánicos” y “orgánicos”. Los primeros serían aquellos que, a partir de un pequeño núcleo original, se expanden por medio de la agresión y la conquista hasta alcanzar unas dimensiones tan grandes como inestables, condenados a venirse abajo por la artificiosidad que liga a sus partes. Los segundos, en cambio, serían aquellos que habrían ocupado desde un principio el espacio histórico que estaban destinados a ocupar. Como es fácil de imaginar, Rusia sería, en el pensamiento de Soloviev, el arquetipo del estado orgánico.

Esta concepción del espacio –deudora, por otra parte, de la de Karl Ritter, que más adelante daría forma al discurso legitimador del nacional-socialismo¹² – guarda una enorme relación con las ideas de Turner. Frente al concepto central de “frontera”, Soloviev utiliza el de “espacio abierto”, pero en el fondo está haciendo alusión a una misma circunstancia. El historiador ruso entiende que la inmensidad de la tierra rusa, el espacio aparentemente ilimitado de la estepa, conduce a los rusos *de forma natural* a superar esos límites aparentes, a extenderse incluso en el Cáucaso. La principal diferencia entre Soloviev y su coetáneo de Wisconsin es que, mientras Turner sólo ve consecuencias positivas para la sociedad americana a partir del hecho social de “la frontera”, Soloviev identifica el “espacio abierto” ruso como un arma de doble filo; instrumento de progreso y auto-definición, pero a la vez culpable de la excesiva militarización y de la estructura de servidumbre de la sociedad rusa. La inmensidad del espacio, que para Turner constituye una “válvula de contención” social, será en la visión de Soloviev la que permita el centralismo autárquico y despótico del estado ruso. Ésta es la gran paradoja de un país obligado a “colonizarse a sí mismo”:

Rusia era un país expansivo, virgen, que esperaba ser poblado como esperaba la historia. Por esto, la historia de la Rusia primitiva es la historia de un país *que se coloniza a sí mismo*. Debido al constante movimiento de la población a través de enormes espacios (...) el colono no permanece mucho tiempo en ningún lugar: tan pronto como es obligado a trabajar cada vez más duramente, se marcha a poblar

[11] Turner (1963: 267).

[12] “Der Geograph geht von der Natur des Landes aus, und thut die ernsten Fragen an das Schicksal der Völker. Was musste, was könnte das Land unter den gegebenen Umständen für sein Volk sein und werden? Und was ist für den Staat geworden? Was bleibt noch für ihn und seiner Bevölkerung Ausbildung und Glück zu thun übrig? So wird die Geographie auch eine Schule der Staatswissenschaft”; K. Ritter, *Allgemeine Erkunde*, Berlín, 1862, p. 15, citado por Bassin (1993: 492).

nuevas tierras (...) Poblar la tierra lo más rápidamente posible, reunir a las gentes de diferentes partes en nuevas regiones, regiones más pacíficas y tranquilas, con condiciones más favorables, atraerlas con toda clase de privilegios; y a la vez retener a la población, forzarla a no replegarse – éstas son las cuestiones principales de un país que se coloniza a sí mismo, las mismas que encontramos en la temprana historia de Rusia¹³.

4. El sistema literario

Hoy en día las tesis de Benedict Anderson sobre los orígenes del nacionalismo no representan ninguna novedad (“La convergencia del capitalismo y la tecnología de la imprenta [...] crearon la posibilidad de una nueva forma de comunidad imaginaria que, en su morfología básica, pone en escena a la nación moderna”¹⁴). Casi nadie pone en duda la importancia *sustancial* de la literatura en la formación de la sociedad, como instrumento de cohesión del tejido comunicativo que sustenta una sociedad dada, a la vez que medio de negociación y difusión de sus principios y valores. Hemos visto cómo interpreta la historiografía decimonónica la expansión imperialista hacia el sur de Rusia y Estados Unidos. Concretamente, en el anterior apartado nos hemos limitado a señalar una serie de conceptos teóricos acuñados en la época, pero no nos hemos ocupado de su circulación *en cuanto textos* con relación al conjunto de la cultura. Ésta es sin embargo el tipo de aproximación que queremos llevar a cabo respecto a los textos literarios. Frente al recurso clásico en los estudios post-coloniales de analizar la imagen del “otro” en la literatura de la metrópoli, quiero concluir este pequeño repaso de las “visiones de un conflicto”, haciendo referencia a la estructura comunicativa del discurso literario colonial.

Tanto en Rusia como en los Estados Unidos, la expansión hacia el sur coincide –como señalaba en un principio, de manera *en absoluto* casual, con la llamada a la creación de una literatura nacional. Vissarion Belinsky –el padre de la crítica literaria rusa– trata de manera explícita en su *Fisiología de San Petersburgo* (1845) la necesidad de dar vida a un género específico, fruto de la experiencia imperial de Rusia en el Cáucaso. Más exactamente, habla de “libros de viajes, ensayos, diarios, descripciones” que puedan dar cuenta de la “experiencia del imperio”, al mismo tiempo que ayudar a determinar la verdadera identidad rusa. Los autores rusos –sospecho que más incitados por el ejemplo de Pushkin que por las exhortaciones de Belinsky–

[13] Soloviev, *Istoria Rossii* (7: 648), traducido del inglés según cita de Bassin (1993: 498).

[14] Anderson (1983: 49).

respondieron a este desafío de muy diversa manera. También en los Estados Unidos se produjeron una serie de obras que, si bien de alcance y calidad desigual, se ocupaban de la “ever-retreating” frontera sur. Lo que a continuación me interesa dibujar no es tanto, repito, los rasgos característicos del checheno o del mexicano como tipos literarios. Lo que me interesa dibujar es el tejido comunicativo de la sociedad rusa y de la sociedad americana del momento, que será el que realmente nos haga comprender la importancia del discurso literario en cada caso.

Veamos en primer lugar la situación de Rusia. Existe la opinión, comúnmente aceptada entre los eslavistas, de que la literatura “imperialista” de tema caucásico se encuentra comprendida —en un sentido cronológico y en un sentido estético— entre *El prisionero del Cáucaso*, publicado por Alexander Pushkin en 1822, y *Hadyi Murad*, escrito por Lev Tolstoi entre 1896 y 1904, y publicado por primera vez y con censuras en 1912. El primero es un “poema narrativo” sobre los amores y aventuras de un noble ruso, cautivo en Circasia. La segunda es una novela corta sobre un personaje histórico, el héroe checheno Hadyi Murad, que tras abandonar a Shamil, jefe de la insurrección chechena, acaba siendo traicionado por unos y otros. La maestría con la que Tolstoi ridiculiza a Nicolás I y a su corte virreinal; la sutilidad que demuestra a la hora de retratar la profunda sobriedad y moralidad de la vida de los montañeses, en contraste con la torpeza y crueldad de las tropas rusas; y —sobre todo— la capacidad de Tolstoi de hacernos llegar la sensación de incomunicación y aislamiento experimentada por el protagonista ante códigos culturales ajenos, hacen sin duda de *Hadyi Murad* una obra maestra. Pero el camino que va de la obra de Pushkin a la de Tolstoi, no es simplemente el camino del romanticismo al realismo. Es, como ya adelantábamos al principio, el camino de una Rusia *periférica* a una Rusia que ya ha asumido su posición de *centralidad*, pero también el camino entre dos circunstancias comunicativas diferentes. Belinsky llegó a decir que el Cáucaso había sido descubierto por Pushkin, y no le faltaba razón. A lo que realmente estaba haciendo referencia con esta célebre frase, era a una sociedad en la que la ausencia de una prensa escrita de noticias, así como de estudios geográficos serios sobre los nuevos territorios, confería a la obra de Pushkin algo más que la “veracidad” exigible a la literatura. La situación comunicativa de Rusia, le otorgaba la “verdad” exigible a la ciencia.

La escena de *Boris Godunov* en la que el zar encuentra a su hijo observando un mapa y, tras preguntar de qué se trata, descubre sorprendido que se trata de un mapa de su propio imperio, puede parecer una exageración poética. Y sin embargo, han llegado hasta nosotros diferentes mapas del tiempo de Catalina la Grande que —por poner un ejemplo— colocan a Tiflis en el interior, en la costa del Caspio y en la del mar Negro respectivamente. Cuando Semión Bronevsky publica en 1823 *Una nueva geografía e historia del Cáucaso*, un comentarista del periódico *El hijo de la patria* lo reseñó como uno de los libros más interesantes del año 23, si bien “la pureza de estilo

no podía precisamente contarse entre sus méritos”. Es evidente que el periodista no estaba recibiendo el trabajo de Bronevsky como un estudio científico, sino como una obra literaria, y por tanto parangonable al poema narrativo de Pushkin, frente al cuál resultaba evidentemente deficiente. ¿Cómo era posible semejante recepción?

Tamaña confusión de géneros y mensajes sólo se entiende en un contexto en el que los medios de comunicación escrita son limitados y primitivos. En la Rusia de la época, la rígida censura impuesta por la autocracia zarista hacía imposible la existencia de una prensa informativa, y se tenía que conformar con una serie de revistas literarias, que rara vez eran capaces de “colar” cuestiones políticas o de actualidad en sus contenidos. De hecho, la revista más popular de la época fue *El Europeo*, editado entre 1803 y 1830, que ofrecía a sus lectores poemas, cuentos, y una sección de crítica literaria. Una excepción podría haber sido el diario peterburgués *La abeja del norte* (1825-1864), que sí se ocupaba de la actualidad política. Sin embargo, la conocida relación de su editor, Faddei Bulgarin, con la policía secreta, era garantía más que suficiente de la inocuidad de esta información. Susan Layton, en el libro pionero la teoría post-colonial aplicada a Rusia, *Russian literature and empire*¹⁵, cuenta la anécdota de un periodista de Tiflis que esperaba con ansiedad el anunciado regreso de Pushkin al Cáucaso para escribir el *Viaje a Azrum*. El que un periodista de Tiflis esperase la noticia de un poeta de la metrópoli para conocer los acontecimientos del Cáucaso, nos da la medida de hasta qué punto la literatura ocupaba un espacio que la prensa no podía ocupar.

A mediados de siglo, la situación empieza a cambiar, tanto en lo que respecta a la prensa como a los estudios monográficos sobre la naturaleza y geografía de la zona. Respecto a esto último, los lectores rusos disponen ya de un gran número de títulos que –al margen de su calidad científica– imponen un nuevo canal de recepción, un nuevo horizonte de expectativas ligado a las “verdades de la ciencia”, que convierte en obsoletos episodios como el de la recensión del libro de Bronevsky en *El hijo de la patria*. Respecto a los cambios en la prensa escrita, podemos señalar dos acontecimientos decisivos en la situación comunicativa del imperio ruso: en primer lugar, la fundación del periódico *El Cáucaso* por el virrey Vorontsov en 1846, y en segundo lugar, la publicación por entregas en *El contemporáneo* de las *Notas sobre la expedición contra los ávaros en el Cáucaso, 1837*, las memorias militares de Yakov Kostenetsky, en 1850. El editor llama la atención sobre la falta de artificio de estas memorias, directamente relacionada con su contenido de *verdad*, y esto –en un país en el que desde los manuales escolares hasta los trabajos más pretendidamente “serios” basaban en Lermontov o Bestuzhev-Marlinsky sus relatos sobre la construcción

[15] Layton (1994: 33).

del imperio—no podía pasar desapercibido a uno de los suscriptores de *El Contemporáneo*: Lev Tolstoi.

Antes de escribir *Hadyi Murad*, Tolstoi escribe otra novela de tema caucásico: *Los cosacos*¹⁶. En ella, son varias las estrategias que utiliza para conjurar los engañosos mensajes de sus predecesores. Por ejemplo, en el intento anti-romántico de establecer una separación clara entre ficción y realidad, Tolstoi despliega un aparato crítico imponente; llena la novela de notas a pie de página donde el escritor reúne todo el caudal de información etnográfica que manejó para la composición del texto, provocando así un efecto de pesadez y artificiosidad. Pero Tolstoi no va a cometer los mismos errores con *Hadyi Murad*. Seguro de su propia escritura y liberado de complejos, el conde Tolstoi da comienzo a su novela de héroe checheno de forma intrigante: un narrador no identificado pasea por el campo recogiendo flores, y en un momento dado arranca un tipo de cardo “que por allí llaman *tártaro*”. Después de hacerse daño para cortar su tallo, el narrador observa con desagrado que el cardo es “demasiado ordinario y vulgar para emparejar con los otros colores delicados del ramo (...) ¡pero qué energía, qué potencia vital (...) cómo se defendía y cuán cara ha vendido su vida”, y finalmente introduce el relato con las siguientes palabras:

Y me acordé de una antigua historia del Cáucaso que yo mismo presencié en parte, que en parte me contaron testigos oculares y en parte también imaginé. Esa historia, tal como la han ido hilvanando mi memoria y mi imaginación, es la que sigue.

Tolstoi utiliza intencionalmente el término “*istoriia*” (historia), en lugar de “*povest*” (cuento, relato), en una opción léxica que—aunque pueda parecer irrelevante en su traducción al español—conlleva en ruso una opción semántica clara. Al definir *Hadyi Murad* como una “*istoriia*”, Tolstoi sostiene su carácter de *verdad*. Por otra parte, la metáfora del cardo y las flores nos da la idea de un tipo de literatura que ha superado los complejos que relacionaban, de manera unívoca, lo poético con lo falso.

En resumen, el universo comunicativo de Rusia en el momento de su expansión imperial, está determinado por dos factores: la ausencia de una prensa de noticias, y la escasez y falta de rigor de los estudios científicos sobre los nuevos territorios. Esto condiciona que la lectura de las obras literarias sobre la empresa imperial

[16] Se sabe que Tolstoi empezó a escribir esta novela en 1852, pero parece ser que la mayor parte fue redactada al final de esa misma década. La primera edición, sin embargo, es de 1863.

en el Cáucaso sea llevada a cabo, por parte de aquellos que tienen acceso a la cultura escrita, en clave exclusivamente estética. Inevitablemente, esta lectura trae consigo una percepción romántica y sublime del conflicto, que sólo comenzará a superarse en la segunda mitad del XIX. La obra de Tolstói representa una nueva perspectiva política y literaria que, no obstante, sólo llegará al lector ruso tarde y cercenada por la censura.

En Estados Unidos nos encontramos, desde un principio, con una situación radicalmente diferente. El tejido comunicativo de la sociedad americana posee dos canales por los que difundir y dar forma a la expansión fronteriza: el periódico y el folletín. La prensa escrita es una realidad floreciente. Multitud de diarios y revistas son regularmente publicados en pequeñas y grandes ciudades a lo largo de la Unión. No en balde, el lema que alentó la corriente ideológica expansionista, el “destino manifiesto”, fue creado por un editor neoyorquino en 1835.

El “destino manifiesto” hace referencia al que muchos entonces consideraban como destino histórico de los Estados Unidos: la “obligación moral” de controlar, guiados por la Providencia, todo el continente americano, arrebatándoselo allí donde fuese necesario a grupos humanos “inferiores”, como los indios salvajes o los indolentes mexicanos¹⁷. Estas tesis tuvieron eminentes defensores, como por ejemplo un joven Walt Whitman, que en 1846 escribía:

what has miserable, inefficient Mexico, with her superstition, her burlesque upon freedom, her actual tyranny by the few over the many – what has she to do with the great mission of peopling the New World with a noble race? Be it ours, to achieve that mission! Be it ours to roll down all of the upstart leaven of old despotism, that comes our way¹⁸.

En 1872, años después de la adquisición de Texas, California y Nuevo México, desde las páginas del *San Diego Union* se proclamaba que la *completa* adhesión de México a los Estados Unidos era una “necesidad reconocida por millares de las per-

[17] Maldwyn Jones, define el “destino manifiesto” con las siguientes palabras: “Era un credo sorprendentemente similar al adoptado por las potencias europeas para justificar su imperialismo cuando avanzó ese mismo siglo. Pero por el destino manifiesto también corría una fibra de romanticismo, incluso de idealismo, ya que incluía la convicción de que aumentar el territorio estadounidense era el mejor medio para promover la expansión de los ideales e instituciones democráticos. Tales ideas, con frecuencia expresadas de forma extravagante, eran de dominio común y se convirtieron en la fuerza impulsora de la política pública. Su resultado fue la anexión de Texas, la conciliación de la disputa por Oregón, y la adquisición de California, Nuevo México y Utah” Jones (1996: 167).

[18] Cita del periódico *Brooklyn Daily Eagle*, en Robinson (1963: 24).

sonas más inteligentes de esa república, con lo que mejoraría en gran medida el bienestar del pueblo mexicano”¹⁹.

En cuanto al folletín, la publicación por parte de la editorial “Beadle and Adams” de las famosas “Dime Novels” (“novelas de diez centavos”), tremendamente populares en los Estados Unidos entre 1859 hasta finales del XIX, fue sin duda un hecho decisivo en la creación de una “conciencia nacional” norteamericana. La “Beadle and Adams”, contrataba para sus “Dime Novels” a reconocidos pioneros y exploradores del oeste, como el capitán “Bruin” Adams, el capitán Frederick Whittaker, o el mismo “Buffalo Bill”. Las historias de estos pioneros, contribuían a inflamar el espíritu nacionalista con relatos de frontera, donde el melodrama más sensiblero se combinaba con una apología del hombre americano en su lucha por la vida. Pese a la dudosísima calidad literaria de estas novelas de bolsillo, en ellas encontramos los dos arquetipos del mexicano que también recogen las obras de mayor prestigio: el “greaser” y el “caballero”.

“Greaser” (grasiento) es el apelativo más habitualmente utilizado en las novelas estadounidenses del XIX –tanto en las “Dime Novels”, como en los “Texan romances” publicados en ediciones más caras durante el mismo periodo, o incluso en los relatos de Irving o Cooper– para referirse al mexicano medio. Se le describe como sucio, indolente, cobarde, y mentalmente poco ágil. Frente a él, el héroe anglosajón es un compendio de virtudes físicas y morales. La excepción a esta categorización viene dada por el personaje del “ranchero” o “señorito”, es decir, por la imagen romántica del rico hacendado californiano o texano de origen español²⁰. Este personaje representaba, frente al “greaser”, el arquetipo romántico del caballero español (por supuesto, étnicamente puro), que ha llegado hasta nuestros días. Todavía hoy, a la industria cinematográfica americana le gusta difundir una imagen de la California anterior a la guerra del 48, poblada por atractivos galanes andaluces, donde el mestizo representa –como mucho– el papel del malvado²¹.

[19] Citado por Trujillo Muñoz (1987: 139).

[20] Esto parece contradecir la tesis de Raymund Arthur Paredes, que sostiene que el desprecio hacia los mexicanos es básicamente la continuación de la visión negativa de lo español en la literatura isabelina, debida a su vez a rivalidades imperiales y religiosas: “Many of the early english american colonists exhibited a particularly virulent type of hispanophobia. Prominent among this group were the Puritans, who saw the New World as a vast battleground between the forces of God and those disciples of the Devil, the spanish catholics...” Paredes (1973: 319).

[21] De hecho, existe toda una “mitología oficial” sobre los primeros pobladores de California: “Los Angeles is merely one of the many cities in the borderlands which has fed itself on a false mithology for so long that it has become a well-fattened paradox. For example, the city boasts of the Spanish origin of its first settlers. Here are the names: Pablo Rodríguez, José Variegas, Antonio Mesa (...) All “Spanish” names, all good “Spaniards” except –Pablo Rodríguez, who was an Indian; José Variegas, first alcalde of the pueblo, who was also an Indian; Antonio Mesa, who was a negro...” Robinson (1963: 153).

Cuando se habla de las novelas norteamericanas de tema mexicano, suele señalarse como primer título *Francis Berrian, o el patriota mexicano*. Esta novela, publicada en Boston en 1826 por el ministro congregacionista Timothy Flint, es la historia sentimental de un norteamericano que va a México a luchar contra las tropas españolas en la guerra de la independencia. Se trata sobre todo de una visión apologética del idealismo estadounidense, que estaría por encima tanto de la abulia mexicana, como del pragmatismo acomodado de los americanos de la costa este.

Al contrario de lo que observábamos en el caso ruso, la evolución del tema mexicano en la novela norteamericana del XIX no parece ir pareja a un mayor realismo en el modo de representación. Así, si —como hacíamos con la literatura rusa— buscamos una obra que marque la culminación del proceso de construcción de una *periferia* propia (una obra que, precisamente porque presupone la posición de *centralidad* de los Estados Unidos, pueda criticar los valores en los que se apoya esa *centralidad*), tenemos que “conformarnos” con *Ramona*, de Helen Hunt Jackson.

Entre la obra de Flint y la de Helen Hunt Jackson, publicada en 1884, poco hay que aporte novedades al género. Podemos mencionar, por la entidad de sus autores, *Las aventuras del capitán Bonneville*, de Washington Irving, o *Jack Tier*, de James Fenimore Cooper. La primera, de 1837, cuenta la vida de Louis Eulalie de Bonneville, francés de nacimiento pero educado en West Point, incluyendo sus viajes exploratorios por California donde entra en contacto con la población mexicana. La segunda, de 1848, tiene el interés de que está escrita contemporáneamente al hecho histórico que le sirve de fondo: la guerra contra México. Merece la pena señalar que en ambas, como sucedía con *Francis Berrian*, el protagonista siempre norteamericano. Será pues a través de estos héroes del norte de río Grande que se nos presenten los personajes mexicanos. De este modo, se seguirá respetando la dicotomía establecida entre los “greasers” —la masa del pueblo mexicano— y los “caballeros” como —por ejemplo— el Señor Montefalderón, que Cooper describe como un hombre “grave y reflexivo” pero a la vez “con la exaltación del carácter español; el excedente de una caballeridad generosa”...²²

La obra *Ramona* de Helen Hunt Jackson marca, como decíamos, el final de una etapa. Por una parte, continúa la tradición de la California romántica de “rancheros” y “señoritas”, pero en otro nivel es una crítica demoledora a la política de frontera norteamericana. Jackson, en un estilo cercano a *La cabaña del tío Tom*, describe cómo los colonos norteamericanos desposeen a los indios de las tierras comunales que habían sido respetadas por los españoles. Es, pues, la historia del declinar de una

[22] Citado por Robinson (1963: 39).

hacienda mexicana (con todos los clichés románticos al caso), pero también la historia del “buen salvaje” que lucha por la supervivencia.

Ésta es a grandes rasgos la situación que encontramos en los sistemas literarios de Rusia y Estados Unidos, en el momento de su configuración como países *centrales* con una *periferia* propia. Antes de concluir, sólo nos resta volver al presente para encontrar un sentido a este apresurado análisis histórico.

5. La conclusión

A modo de conclusión, prefiero reproducir las palabras del politólogo Carlos Taibo:

...cuanto más hacia el este, y cuanto más hacia el sur se hace valer un conflicto, menor atención suscita en nuestros medios de comunicación y, a través de ellos, en nuestra precaria sociedad civil (...) Curioso es que se haya escuchado tantas veces aquello de que el asedio de Sarajevo era intolerable, habida cuenta de que la capital bosnia se encontraba a una hora de avión de Roma, pero en cambio en pocas ocasiones se haya dicho que Argel –con un mar presuntamente distribuidor de civilizaciones de por medio– se haya a una hora de avión de Madrid (...) En el caso concreto de Chechenia es legítimo alimentar la sospecha de que ha acabado por calar entre nosotros la propaganda urdida por el gobierno ruso, que ha dado en describir a los chechenos como meridionales impregnados de fundamentalismo y biológicamente entregados al ejercicio del terror y de las prácticas mafiosas²³.

Empezábamos esta intervención con una reflexión sobre lo desfasado de la expresión “superpotencia”, y anunciando una explicación “lógica” desde la literatura para lo que actualmente está ocurriendo en Chechenia. Rusia ha pasado, en un abrir y cerrar de ojos, del *centro* a la *periferia* del mundo. Para reconstruirse como nación, tiene que reconstruir esa relación de dominación con el “otro”, y esto pasa obligatoriamente por la guerra en el Cáucaso. Estados Unidos, en cambio, mantiene su relación de poder con su propio sur, con su periferia particular. Ni los unos ni los otros utilizan hoy

[23] Taibo (2000: 10).

la literatura para construir esas relaciones; para eso está la CNN, el *New York Times*, la *Rossiskaya gazeta*, o la televisión pública rusa. A la literatura sólo le queda la responsabilidad y la esperanza de, una vez más, hacer pasar la verdad entre tanta censura.

Bibliografía

- ANDERSON, B. (1983) *Imagined Communities: Reflections on the origin and spread of nationalism*. Londres.
- BASSIN, M. (1993) "Turner, Soloviev and the Frontier Hypothesis", *Journal of Modern History*, 65 (3), pp. 473-511.
- JONES, M.A. (1996) *Historia de Estados Unidos, 1607-1992*. Madrid.
- LAYTON, S. (1994) *Russian Literature and Empire. Conquest of the Caucasus from Pushkin to Tolstoy*. Cambridge.
- PAREDES, R.A. (1973) *The image of the Mexican in American Literature* (Ph.D.), Austin-Texas.
- ROBINSON, C. (1963) *With the ears of strangers. The Mexican in American Literature*. Tucson.
- RUTTENBURG, N. (1992) "Silence and Servitude: Bondage and Self-Invention in Russia and America, 1760-1861", *Slavic Review*, 51, pp. 731-748.
- TAIBO, C. (2000) *El conflicto de Chechenia. Una guía introductoria*. Madrid.
- THOMPSON, E.M. (2000) *Imperial Knowledge. Russian literature and Colonialism*. Westport (Connecticut)- Londres.
- TRUJILLO MUÑOZ, G. (1987) "La frontera: visiones vagabundas", *La línea: ensayos sobre la literatura fronteriza mexico-norteamericana*. San Diego.
- TURNER, F.J. (1963) *The significance of the frontier in American History*. Nueva York.
- WEBER, D.J. (1992) *La frontera norte de México, 1821-1846*. Madrid.